

LOS JUEVES LITERARIOS DE "EL TELEGRAFO,"

EN LA MUERTE DE UN ACTOR INSIGNE

El actor era...

Y esta vez para siempre. Porque la intrusa ha sido el dramatismo que el actor dejó caer separando al actor del público, en uno de esos anchos silencios tan profundos que parecen creados solamente para el eco de los corazones.

Porque el rostro de Tallavi era un espejo a donde ella se asomó demudada veces hasta empañarse definitivamente con su aliento de óvulo. Pero nunca imaginando que fuera tan pronto, con esa rapidez desconcertadora de lo inesperado. No parecía que este hombre había conquistado después de tanto morirse el derecho a la inmortalidad.

No ya la que desafa los siglos de la fama, sino también la otra perdida de la carne, como un constante ejemplo de la eternidad de los ademanes, las pasionales inflexiones del verbo y la móvil máscara de los gestos precisos.

Y sin embargo, puso el pie en la barca que nunca retorna, en plena

obra de tal modo que no les obscurecen al distingo con el personalismo práctico de su labor, estos otros se destacan por la coherencia de la vida, por el modo de ser poeta, a hiperestésico y sensual, amaba la celeste carne de la mujer, y aunque se moría un poquito en todos los momentos, volvía a nacer, renovado en todas las auroras. Estaba enamorado de la vida, y tenía la noble inquietud del más allá; algo así como la intuición de otra existencia, en planos superiores; algo así como el miedo teosófico a una futura perfección de la inteligencia, que hiciera más amplias las evocaciones, que retrocediera más allá de la vida humana, que tornase más agudo el infundido dolor de los recuerdos. Y había cantado a esta inquietud de su alma grande en versos admirables por la hondura del pensamiento y por la gravedad de la emoción:

"Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto... y el temor de haber sido, y un futuro terror... y el espanto seguro de estar mañana muerto... y la carne que tienta con sus frescos racimos, y la tumba que aguarda con sus frías raíces..."

Con los dedos de una mano pueden citarse las obras estrenadas por Tallavi. Casi ninguna ha sido un



JOSE TALLAVI EN HAMLET

juventud, con aquella temblorosa emoción del misterio, de lo instintivo, de lo imprevisible, que le vimos salir tantas veces a la escena.

José Tallavi no ha cumplido los cuarenta años y ha sido su existencia tan pródiga, tan afortunada por todos los vientos del espíritu que dejaba tras de sí ese silencio supremo de las extraordinarias sintonías beethovenianas.

Sin embargo, más le vino el dolor la asfixiante armadura que le coronó de rosas la alegría. Acaso esa breve y triunfal temporada del Teatro Infanta Isabel fuera el primer éxito que le satisficiera plenamente.

A Tallavi se le regaló el elogio ó se le prodigó inconscientemente. Soterradas iban las malas pasiones ajenas y le nublaban el aire las contrarias nieblas de los que le tenían como un peligro futuro.

Hacían bien en temerle. Sobre el tablado de la española farándula nada había pisado escenas con más derecho a la gloria que José Tallavi. Muertos Calvo y Vico, fue él quien resucitó los impulsos románticos, las encendidas calenturas de la carne, quien supo abrir otra vez la jaula a los nobles leones de la tragedia.

Muerto Tallavi, tornará el teatro a ser lo que antes de su revelación en Las Vírgenes locas; mejor aún, antes de su primera consagración en la breve temporada de la Princesa, cuando abrió la opinión con sus primeras representaciones de Los espectros.

Teatro de ingenio, de frivolidad, de picardía un poco burda, ó de sumisas adulaciones a la mediocridad de pensar.

Este teatro en que se complementan actores y autores sin ningún esfuerzo cordial, sin que les broten como heridas incurables su pasado emocional. Actores y autores contentos juegan cuando más a los juegos artificiales de la palabrería y mientras los unos escriben las

La amargura de esta filosofía, que buceaba en los misterios del no ser ó del ser eterno; el tedio inenarrable, tan propio de las almas bien nacidas, y la tortura de sus nervios, siempre en tensión por su excesiva sensibilidad, llevó a Tallavi a buscar el bien supremo del olvido en el placer intenso y rápido de los amores fáciles, y en las alucinaciones del amarillo brebaje de los viajeros, de la poesía verde y lunar de Verlaine y del oro líquido é hirviente de la viuda Cligot.

Más de una vez, en el París galante ó en el Buenos Aires cosmopolita, durante el alba que seguía a sus noches de sensualidad, el pobre poeta, brumoso de spleen y luminoso de aurora, ebrio del amor de las peripatéticas y de whisky, de ajeno y de champagne, abafase en un diván profundo como su pena, y me hablaba de la muerte.

Felipe—decidme, mientras acariciaba las solapas de su smoking—revela a la posteridad que el poeta se muere y que el poeta vestía de seda.

Pobre Rubén! Era ingenuo como un niño y sensible como una mujer; como las mujeres y como los niños solía parecer cruel y poeta, era también de una sencillez pueril y de una femenina complicación pecadora. Pero era poeta y supo escurrir la última gota de las palabras, que son vasos preciosos y exquisitos, según San Agustín. Su arte tuvo la firmeza, la brillantez, el calor, la profundidad, la blancura, el aroma, la serenidad, la unión y la armonía del sol, del mármol, del mar, de los cisnes, de la luna, del cielo azul, de la pradera verde, de las rosas y de las formas de mujer. Proviesto de las gafas de Quirón, el Centauro omnisciente, metióse en el laberinto de todas las escuelas; fue Verlainiano, antes y después de Rimbaud; fue griego con Jean Moréas; fue ciego con el abuelo Hugo; fue carnavalesco y lunar con Baudelaire; tuvo la sensualidad triste de Mallarmé, y el luciferismo de Baudelaire; amó a las buenas mozas y al bon vino del arcipreste y de Bebelco; fue místico con Santa Teresa; horaciano con Garcilaso; bucólico con el Marqués de Santillana; cívico y pagano con Carducci; melancólico con Heine; inquieto con Goethe; fastuoso con D'Annunzio; frondoso con Rudyard Kipling; cerebral y cósmico con Whitman, y así como sus carnes y sus huesos de errante viajaron por todos los pueblos, así su alma viajó por los estros de todos los poetas; pero su personalidad limpia, originalísima y sincera, supo "tocar su flauta para los habitantes de su reino interior y su hermano, el universo, quedó contento de su melodía."

Porque en España desde los buenos tiempos de D. Luis de Góngora y Argote, abuelo espiritual de Rubén, no surgiera el poeta cortesano y amable; porque la sonoridad quintanense y vacía de mediocridad del siglo XIX había roto la serenidad de la forma y carencia de novedad en las sensaciones. Rubén Darío, asqueado del presente prosaico, creyendo demasiado incierto el futuro para darle forma plástica, fué a buscar en el pasado sus motivos poéticos y tras sus evocaciones griegas y francesas del siglo XVIII—la Francia helénica del Triángulo—apareció con su espíritu helenizado y suave, enamorado de la belleza y de la frivolidad galante, como un pagano y como un abate madrigalista. Después, el buen exámetro griego con Virgilio divino, halló morada española en La Salutación del Optimista, y el matiz, la mance—que no

de las Sonatas, unas lágrimas brillaron en los cristales de sus quemados, y la ambigüedad de sus barbas tembló bajo la voz doliente.

Rubén Darío ha muerto, me repito yo ahora, y estaba enamorado de la vida, porque como era poeta, a hiperestésico y sensual, amaba la celeste carne de la mujer, y aunque se moría un poquito en todos los momentos, volvía a nacer, renovado en todas las auroras. Estaba enamorado de la vida, y tenía la noble inquietud del más allá; algo así como la intuición de otra existencia, en planos superiores; algo así como el miedo teosófico a una futura perfección de la inteligencia, que hiciera más amplias las evocaciones, que retrocediera más allá de la vida humana, que tornase más agudo el infundido dolor de los recuerdos. Y había cantado a esta inquietud de su alma grande en versos admirables por la hondura del pensamiento y por la gravedad de la emoción:

"Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto... y el temor de haber sido, y un futuro terror... y el espanto seguro de estar mañana muerto... y la carne que tienta con sus frescos racimos, y la tumba que aguarda con sus frías raíces..."

Con los dedos de una mano pueden citarse las obras estrenadas por Tallavi. Casi ninguna ha sido un

José FRANCES.

Rubén Darío ha muerto

Ha leído usted?... Pobre Rubén!

Don Ramón del Valle Inclán me daba la noticia fúnebre, enojado por el llanto de los ojos brujos.

Es horrible! Con quién comentaba ahora mi Lámpara Maravillosa? Rubén hubiera tomado su whisky, yo mi píldora de café amargo, y nos hubiéramos informado en el misterio. El era un hombre que estaba en contacto con lo misterioso.

Y mientras así decía el maestro

de las Sonatas, unas lágrimas brillaron en los cristales de sus quemados, y la ambigüedad de sus barbas tembló bajo la voz doliente.

Rubén Darío ha muerto, me repito yo ahora, y estaba enamorado de la vida, porque como era poeta, a hiperestésico y sensual, amaba la celeste carne de la mujer, y aunque se moría un poquito en todos los momentos, volvía a nacer, renovado en todas las auroras. Estaba enamorado de la vida, y tenía la noble inquietud del más allá; algo así como la intuición de otra existencia, en planos superiores; algo así como el miedo teosófico a una futura perfección de la inteligencia, que hiciera más amplias las evocaciones, que retrocediera más allá de la vida humana, que tornase más agudo el infundido dolor de los recuerdos. Y había cantado a esta inquietud de su alma grande en versos admirables por la hondura del pensamiento y por la gravedad de la emoción:

"Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto... y el temor de haber sido, y un futuro terror... y el espanto seguro de estar mañana muerto... y la carne que tienta con sus frescos racimos, y la tumba que aguarda con sus frías raíces..."

Con los dedos de una mano pueden citarse las obras estrenadas por Tallavi. Casi ninguna ha sido un

La amargura de esta filosofía, que buceaba en los misterios del no ser ó del ser eterno; el tedio inenarrable, tan propio de las almas bien nacidas, y la tortura de sus nervios, siempre en tensión por su excesiva sensibilidad, llevó a Tallavi a buscar el bien supremo del olvido en el placer intenso y rápido de los amores fáciles, y en las alucinaciones del amarillo brebaje de los viajeros, de la poesía verde y lunar de Verlaine y del oro líquido é hirviente de la viuda Cligot.

Más de una vez, en el París galante ó en el Buenos Aires cosmopolita, durante el alba que seguía a sus noches de sensualidad, el pobre poeta, brumoso de spleen y luminoso de aurora, ebrio del amor de las peripatéticas y de whisky, de ajeno y de champagne, abafase en un diván profundo como su pena, y me hablaba de la muerte.

Felipe—decidme, mientras acariciaba las solapas de su smoking—revela a la posteridad que el poeta se muere y que el poeta vestía de seda.

Pobre Rubén! Era ingenuo como un niño y sensible como una mujer; como las mujeres y como los niños solía parecer cruel y poeta, era también de una sencillez pueril y de una femenina complicación pecadora. Pero era poeta y supo escurrir la última gota de las palabras, que son vasos preciosos y exquisitos, según San Agustín. Su arte tuvo la firmeza, la brillantez, el calor, la profundidad, la blancura, el aroma, la serenidad, la unión y la armonía del sol, del mármol, del mar, de los cisnes, de la luna, del cielo azul, de la pradera verde, de las rosas y de las formas de mujer. Proviesto de las gafas de Quirón, el Centauro omnisciente, metióse en el laberinto de todas las escuelas; fue Verlainiano, antes y después de Rimbaud; fue griego con Jean Moréas; fue ciego con el abuelo Hugo; fue carnavalesco y lunar con Baudelaire; tuvo la sensualidad triste de Mallarmé, y el luciferismo de Baudelaire; amó a las buenas mozas y al bon vino del arcipreste y de Bebelco; fue místico con Santa Teresa; horaciano con Garcilaso; bucólico con el Marqués de Santillana; cívico y pagano con Carducci; melancólico con Heine; inquieto con Goethe; fastuoso con D'Annunzio; frondoso con Rudyard Kipling; cerebral y cósmico con Whitman, y así como sus carnes y sus huesos de errante viajaron por todos los pueblos, así su alma viajó por los estros de todos los poetas; pero su personalidad limpia, originalísima y sincera, supo "tocar su flauta para los habitantes de su reino interior y su hermano, el universo, quedó contento de su melodía."

Porque en España desde los buenos tiempos de D. Luis de Góngora y Argote, abuelo espiritual de Rubén, no surgiera el poeta cortesano y amable; porque la sonoridad quintanense y vacía de mediocridad del siglo XIX había roto la serenidad de la forma y carencia de novedad en las sensaciones. Rubén Darío, asqueado del presente prosaico, creyendo demasiado incierto el futuro para darle forma plástica, fué a buscar en el pasado sus motivos poéticos y tras sus evocaciones griegas y francesas del siglo XVIII—la Francia helénica del Triángulo—apareció con su espíritu helenizado y suave, enamorado de la belleza y de la frivolidad galante, como un pagano y como un abate madrigalista. Después, el buen exámetro griego con Virgilio divino, halló morada española en La Salutación del Optimista, y el matiz, la mance—que no

de las Sonatas, unas lágrimas brillaron en los cristales de sus quemados, y la ambigüedad de sus barbas tembló bajo la voz doliente.

Rubén Darío ha muerto, me repito yo ahora, y estaba enamorado de la vida, porque como era poeta, a hiperestésico y sensual, amaba la celeste carne de la mujer, y aunque se moría un poquito en todos los momentos, volvía a nacer, renovado en todas las auroras. Estaba enamorado de la vida, y tenía la noble inquietud del más allá; algo así como la intuición de otra existencia, en planos superiores; algo así como el miedo teosófico a una futura perfección de la inteligencia, que hiciera más amplias las evocaciones, que retrocediera más allá de la vida humana, que tornase más agudo el infundido dolor de los recuerdos. Y había cantado a esta inquietud de su alma grande en versos admirables por la hondura del pensamiento y por la gravedad de la emoción:

"Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto... y el temor de haber sido, y un futuro terror... y el espanto seguro de estar mañana muerto... y la carne que tienta con sus frescos racimos, y la tumba que aguarda con sus frías raíces..."

Con los dedos de una mano pueden citarse las obras estrenadas por Tallavi. Casi ninguna ha sido un

José FRANCES.

Rubén Darío ha muerto

Ha leído usted?... Pobre Rubén!

Don Ramón del Valle Inclán me daba la noticia fúnebre, enojado por el llanto de los ojos brujos.

Es horrible! Con quién comentaba ahora mi Lámpara Maravillosa? Rubén hubiera tomado su whisky, yo mi píldora de café amargo, y nos hubiéramos informado en el misterio. El era un hombre que estaba en contacto con lo misterioso.

Y mientras así decía el maestro

de las Sonatas, unas lágrimas brillaron en los cristales de sus quemados, y la ambigüedad de sus barbas tembló bajo la voz doliente.

Rubén Darío ha muerto, me repito yo ahora, y estaba enamorado de la vida, porque como era poeta, a hiperestésico y sensual, amaba la celeste carne de la mujer, y aunque se moría un poquito en todos los momentos, volvía a nacer, renovado en todas las auroras. Estaba enamorado de la vida, y tenía la noble inquietud del más allá; algo así como la intuición de otra existencia, en planos superiores; algo así como el miedo teosófico a una futura perfección de la inteligencia, que hiciera más amplias las evocaciones, que retrocediera más allá de la vida humana, que tornase más agudo el infundido dolor de los recuerdos. Y había cantado a esta inquietud de su alma grande en versos admirables por la hondura del pensamiento y por la gravedad de la emoción:

"Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto... y el temor de haber sido, y un futuro terror... y el espanto seguro de estar mañana muerto... y la carne que tienta con sus frescos racimos, y la tumba que aguarda con sus frías raíces..."

Con los dedos de una mano pueden citarse las obras estrenadas por Tallavi. Casi ninguna ha sido un

La amargura de esta filosofía, que buceaba en los misterios del no ser ó del ser eterno; el tedio inenarrable, tan propio de las almas bien nacidas, y la tortura de sus nervios, siempre en tensión por su excesiva sensibilidad, llevó a Tallavi a buscar el bien supremo del olvido en el placer intenso y rápido de los amores fáciles, y en las alucinaciones del amarillo brebaje de los viajeros, de la poesía verde y lunar de Verlaine y del oro líquido é hirviente de la viuda Cligot.

Más de una vez, en el París galante ó en el Buenos Aires cosmopolita, durante el alba que seguía a sus noches de sensualidad, el pobre poeta, brumoso de spleen y luminoso de aurora, ebrio del amor de las peripatéticas y de whisky, de ajeno y de champagne, abafase en un diván profundo como su pena, y me hablaba de la muerte.

Felipe—decidme, mientras acariciaba las solapas de su smoking—revela a la posteridad que el poeta se muere y que el poeta vestía de seda.

Pobre Rubén! Era ingenuo como un niño y sensible como una mujer; como las mujeres y como los niños solía parecer cruel y poeta, era también de una sencillez pueril y de una femenina complicación pecadora. Pero era poeta y supo escurrir la última gota de las palabras, que son vasos preciosos y exquisitos, según San Agustín. Su arte tuvo la firmeza, la brillantez, el calor, la profundidad, la blancura, el aroma, la serenidad, la unión y la armonía del sol, del mármol, del mar, de los cisnes, de la luna, del cielo azul, de la pradera verde, de las rosas y de las formas de mujer. Proviesto de las gafas de Quirón, el Centauro omnisciente, metióse en el laberinto de todas las escuelas; fue Verlainiano, antes y después de Rimbaud; fue griego con Jean Moréas; fue ciego con el abuelo Hugo; fue carnavalesco y lunar con Baudelaire; tuvo la sensualidad triste de Mallarmé, y el luciferismo de Baudelaire; amó a las buenas mozas y al bon vino del arcipreste y de Bebelco; fue místico con Santa Teresa; horaciano con Garcilaso; bucólico con el Marqués de Santillana; cívico y pagano con Carducci; melancólico con Heine; inquieto con Goethe; fastuoso con D'Annunzio; frondoso con Rudyard Kipling; cerebral y cósmico con Whitman, y así como sus carnes y sus huesos de errante viajaron por todos los pueblos, así su alma viajó por los estros de todos los poetas; pero su personalidad limpia, originalísima y sincera, supo "tocar su flauta para los habitantes de su reino interior y su hermano, el universo, quedó contento de su melodía."

Porque en España desde los buenos tiempos de D. Luis de Góngora y Argote, abuelo espiritual de Rubén, no surgiera el poeta cortesano y amable; porque la sonoridad quintanense y vacía de mediocridad del siglo XIX había roto la serenidad de la forma y carencia de novedad en las sensaciones. Rubén Darío, asqueado del presente prosaico, creyendo demasiado incierto el futuro para darle forma plástica, fué a buscar en el pasado sus motivos poéticos y tras sus evocaciones griegas y francesas del siglo XVIII—la Francia helénica del Triángulo—apareció con su espíritu helenizado y suave, enamorado de la belleza y de la frivolidad galante, como un pagano y como un abate madrigalista. Después, el buen exámetro griego con Virgilio divino, halló morada española en La Salutación del Optimista, y el matiz, la mance—que no

de las Sonatas, unas lágrimas brillaron en los cristales de sus quemados, y la ambigüedad de sus barbas tembló bajo la voz doliente.

Rubén Darío ha muerto, me repito yo ahora, y estaba enamorado de la vida, porque como era poeta, a hiperestésico y sensual, amaba la celeste carne de la mujer, y aunque se moría un poquito en todos los momentos, volvía a nacer, renovado en todas las auroras. Estaba enamorado de la vida, y tenía la noble inquietud del más allá; algo así como la intuición de otra existencia, en planos superiores; algo así como el miedo teosófico a una futura perfección de la inteligencia, que hiciera más amplias las evocaciones, que retrocediera más allá de la vida humana, que tornase más agudo el infundido dolor de los recuerdos. Y había cantado a esta inquietud de su alma grande en versos admirables por la hondura del pensamiento y por la gravedad de la emoción:

"Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto... y el temor de haber sido, y un futuro terror... y el espanto seguro de estar mañana muerto... y la carne que tienta con sus frescos racimos, y la tumba que aguarda con sus frías raíces..."

Con los dedos de una mano pueden citarse las obras estrenadas por Tallavi. Casi ninguna ha sido un

José FRANCES.

Rubén Darío ha muerto

Ha leído usted?... Pobre Rubén!

Don Ramón del Valle Inclán me daba la noticia fúnebre, enojado por el llanto de los ojos brujos.

Es horrible! Con quién comentaba ahora mi Lámpara Maravillosa? Rubén hubiera tomado su whisky, yo mi píldora de café amargo, y nos hubiéramos informado en el misterio. El era un hombre que estaba en contacto con lo misterioso.

Y mientras así decía el maestro

de las Sonatas, unas lágrimas brillaron en los cristales de sus quemados, y la ambigüedad de sus barbas tembló bajo la voz doliente.

Rubén Darío ha muerto, me repito yo ahora, y estaba enamorado de la vida, porque como era poeta, a hiperestésico y sensual, amaba la celeste carne de la mujer, y aunque se moría un poquito en todos los momentos, volvía a nacer, renovado en todas las auroras. Estaba enamorado de la vida, y tenía la noble inquietud del más allá; algo así como la intuición de otra existencia, en planos superiores; algo así como el miedo teosófico a una futura perfección de la inteligencia, que hiciera más amplias las evocaciones, que retrocediera más allá de la vida humana, que tornase más agudo el infundido dolor de los recuerdos. Y había cantado a esta inquietud de su alma grande en versos admirables por la hondura del pensamiento y por la gravedad de la emoción:

"Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto... y el temor de haber sido, y un futuro terror... y el espanto seguro de estar mañana muerto... y la carne que tienta con sus frescos racimos, y la tumba que aguarda con sus frías raíces..."

Con los dedos de una mano pueden citarse las obras estrenadas por Tallavi. Casi ninguna ha sido un

La amargura de esta filosofía, que buceaba en los misterios del no ser ó del ser eterno; el tedio inenarrable, tan propio de las almas bien nacidas, y la tortura de sus nervios, siempre en tensión por su excesiva sensibilidad, llevó a Tallavi a buscar el bien supremo del olvido en el placer intenso y rápido de los amores fáciles, y en las alucinaciones del amarillo brebaje de los viajeros, de la poesía verde y lunar de Verlaine y del oro líquido é hirviente de la viuda Cligot.

Más de una vez, en el París galante ó en el Buenos Aires cosmopolita, durante el alba que seguía a sus noches de sensualidad, el pobre poeta, brumoso de spleen y luminoso de aurora, ebrio del amor de las peripatéticas y de whisky, de ajeno y de champagne, abafase en un diván profundo como su pena, y me hablaba de la muerte.

Felipe—decidme, mientras acariciaba las solapas de su smoking—revela a la posteridad que el poeta se muere y que el poeta vestía de seda.

Pobre Rubén! Era ingenuo como un niño y sensible como una mujer; como las mujeres y como los niños solía parecer cruel y poeta, era también de una sencillez pueril y de una femenina complicación pecadora. Pero era poeta y supo escurrir la última gota de las palabras, que son vasos preciosos y exquisitos, según San Agustín. Su arte tuvo la firmeza, la brillantez, el calor, la profundidad, la blancura, el aroma, la serenidad, la unión y la armonía del sol, del mármol, del mar, de los cisnes, de la luna, del cielo azul, de la pradera verde, de las rosas y de las formas de mujer. Proviesto de las gafas de Quirón, el Centauro omnisciente, metióse en el laberinto de todas las escuelas; fue Verlainiano, antes y después de Rimbaud; fue griego con Jean Moréas; fue ciego con el abuelo Hugo; fue carnavalesco y lunar con Baudelaire; tuvo la sensualidad triste de Mallarmé, y el luciferismo de Baudelaire; amó a las buenas mozas y al bon vino del arcipreste y de Bebelco; fue místico con Santa Teresa; horaciano con Garcilaso; bucólico con el Marqués de Santillana; cívico y pagano con Carducci; melancólico con Heine; inquieto con Goethe; fastuoso con D'Annunzio; frondoso con Rudyard Kipling; cerebral y cósmico con Whitman, y así como sus carnes y sus huesos de errante viajaron por todos los pueblos, así su alma viajó por los estros de todos los poetas; pero su personalidad limpia, originalísima y sincera, supo "tocar su flauta para los habitantes de su reino interior y su hermano, el universo, quedó contento de su melodía."

Porque en España desde los buenos tiempos de D. Luis de Góngora y Argote, abuelo espiritual de Rubén, no surgiera el poeta cortesano y amable; porque la sonoridad quintanense y vacía de mediocridad del siglo XIX había roto la serenidad de la forma y carencia de novedad en las sensaciones. Rubén Darío, asqueado del presente prosaico, creyendo demasiado incierto el futuro para darle forma plástica, fué a buscar en el pasado sus motivos poéticos y tras sus evocaciones griegas y francesas del siglo XVIII—la Francia helénica del Triángulo—apareció con su espíritu helenizado y suave, enamorado de la belleza y de la frivolidad galante, como un pagano y como un abate madrigalista. Después, el buen exámetro griego con Virgilio divino, halló morada española en La Salutación del Optimista, y el matiz, la mance—que no

de las Sonatas, unas lágrimas brillaron en los cristales de sus quemados, y la ambigüedad de sus barbas tembló bajo la voz doliente.

Rubén Darío ha muerto, me repito yo ahora, y estaba enamorado de la vida, porque como era poeta, a hiperestésico y sensual, amaba la celeste carne de la mujer, y aunque se moría un poquito en todos los momentos, volvía a nacer, renovado en todas las auroras. Estaba enamorado de la vida, y tenía la noble inquietud del más allá; algo así como la intuición de otra existencia, en planos superiores; algo así como el miedo teosófico a una futura perfección de la inteligencia, que hiciera más amplias las evocaciones, que retrocediera más allá de la vida humana, que tornase más agudo el infundido dolor de los recuerdos. Y había cantado a esta inquietud de su alma grande en versos admirables por la hondura del pensamiento y por la gravedad de la emoción:

"Ser, y no saber nada, y ser sin rumbo cierto... y el temor de haber sido, y un futuro terror... y el espanto seguro de estar mañana muerto... y la carne que tienta con sus frescos racimos, y la tumba que aguarda con sus frías raíces..."

Con los dedos de una mano pueden citarse las obras estrenadas por Tallavi. Casi ninguna ha sido un

José FRANCES.

Rubén Darío ha muerto

Ha leído usted?... Pobre Rubén!

Don Ramón del Valle Inclán me daba la noticia fúnebre, enojado por el llanto de los ojos brujos.

Es horrible! Con quién comentaba ahora mi Lámpara Maravillosa? Rubén hubiera tomado su whisky, yo mi píldora de café amargo, y nos hubiéramos informado en el misterio. El era un hombre que estaba en contacto con lo misterioso.

Y mientras así decía el maestro

La última lección de poeta

Al mismo tiempo que el Temps anunciaba a los franceses la muerte de un gran poeta "qui fut un grand ami de la France", yo recibí una dolorosa y hasta alucinante carta que el poeta Rubén Darío me escribió al salir de Guatemala pocos meses después de su llegada a París.

Con una clarividencia que en circunstancias actuales me desconcierta, aquel hombre que era una especie de ensueño, comenzó diciéndome que su voz no es ya la de un ser vivo. Y en seguida agrega:

"Aquí, en esta generosa San Juan de los Caballeros, su amigo Estrada Cabrera ha hecho el milagro de prolongar mi existencia por las amabilidades y sus mercedes. Usted no sabe, Enrique, lo que es este hombre digno de figurar en el libro de Carlyle. El me ha dicho: 'vive, trabaja, canta.' Y gracias al fluído de su carácter maravilloso, yo, ya casi un fantasma, he cantado... Pero como todo tiene un fin, hasta el sol se apagará, ahora me alejo de Guatemala en busca del cementerio de mi pueblo natal. ¿Cuánta razón tiene usted Enrique, en admirar y querer así a Estrada Cabrera, ese gran hombre de su siglo, cuyo recuerdo, no se borra sino que cada día será más brillante en América."

Y después de hacer así justicia a las guatemaltecas a quienes tantos grandes artistas le deben el milagro de una salvación inesperada, Rubén, el latínísimo Rubén, me habla desde la tumba de la guerra y de la paz: "He leído su último libro 'Campos de batalla y campos de ruina', pero no en español sino en inglés, la hermosa edición Heinemann que me manda de Nueva York. ¿Qué cosa tan absurda leerle a usted en inglés!... Así y todo me he apasionado sus cuadros y pienso ahora más que nunca en la victoria será como Ud. lo merece, el premio del esfuerzo sume de Francia."

Al terminar me dice: "En mi América no hay bastante entusiasmo, no hay bastante ardor, por la guerra. Dije que les voy a los americanos una lucha tan larga. Yo quería, sin embargo, poder unirme a la falange de los que como V. como Rodó, como García Calderón, trabajan por hacer comprender a nuestra gente, que si Francia se hunde, nos hundimos nosotros también, y que queramos ser libres, debemos todo desechar el triunfo de los aliados. Dígaselo Ud. a N... que me parece algo tonto. Hay que amar a Francia, como a nuestra madre común."

En Rubén Darío estas palabras hubieran podido nunca sorprender a nadie. Desde la infancia, su alma había sido francesa; él mismo que su cerebro. No sólo pensaba en francés, cual lo dice un amigo de su infancia, el viejo Valdivia, sino que sentía en francés, con una delicadeza de matices sentimentales que ningún otro poeta contemporáneo ha tenido; supo vivir, espiritualmente, todas las épocas de la Historia de Francia y ser un abate libertino amigo del Marqués de Sade, lo mismo que un compañero de Francisco Villón, tatarabuelo suyo por línea. Y lo singular ó lo admirable, es que a pesar de su cultura

cosmopolita ningún otro país, por glorioso que fuera, llegó nunca a inspirarle, yo no digo un igual amor, pero ni siquiera un cariño que pudiera llamarse verdadero. Leed sus notas de Italia y sus epigramas de los Estados Unidos. Hay en ellas admiración por lo admirable. Fuego, entusiasmo, pasión, eso no.

Pero recuerdo con pena que al estallar la guerra, encontrándose en Barcelona, rodeado de alemanes, llegó Rubén a convencerse de que el poder de la vieja Germania era tan formidable que resultaba una locura tratar de oponerse a él.

—Nuestra pobre Francia sucumbirá—decía. Meno de pena.

Y en su misticismo fantástico agregaba:

—Ella tiene la culpa, por sacrilega, por descreída... La anarquía y la guerra civil son siempre las consecuencias de la falta de religión. Por fortuna al ver con cuánto orden en el seno de la unidad sagrada, el pueblo francés formaba una masa compacta, en la que no había ni creencias distintas, ni partidos opuestos, ni intereses encontrados y en que todo era para Francia, comprendió su error y lo proclamó con sincero júbilo: Yo guardo perdida entre mis papeles una carta suya de fines de agosto de 1914 en la cual, exclamando la situación desesperada de los ejércitos franceses me dice: "Todo eso es cierto, Enrique, esa gente es muy fuerte; es gente de acero, gente de ciencia y de voluntad. Pero no importa. Ahora que el país de Juana de Arco ha recordado su unidad moral, no puede ningún enemigo vencerlo; lo mismo que los ingleses en el siglo XV, los germanos se rán derrotados ahora antes de llegar a París". En aquellos momentos en que von Kluck y von Bulow ocupaban Compiègne y Meaux necesitaba una confianza muy grande en los destinos místicos de un pueblo, para hablar así. En Francia misma, no eran numerosos los que se sentían seguros de que la capital no corría el riesgo del bombardeo y de la ocupación. En cuanto a los estrategas de los países neutrales, todos consideraban a Lutecia como perdida. ¡Alabado sea Dios que da razón a los poetas contra los sabios!

Mi objeto al escribir estas líneas no es el de evocar la figura gloriosa de mi pobre amigo, de mi desgraciado hermano que desaparece antes de llegar a la mitad normal del camino de la vida. Más tarde, si la emoción me lo permite, trataré de erigirle el monumento que merece. Hoy lo único que deseo es que no sólo el N... a quien se refiere la carta que dejó transcrita